

destruir esta desigualdad por la cual unos están sumidos en los males que provienen de la miseria y la necesidad; los otros, en los que dimanán de la riqueza y de sus seducciones? ¿Cómo se pueden hacer desaparecer estos infortunios, si no es tomando una parte en el trabajo que procura la satisfacción de nuestras necesidades y huyendo de la riqueza y de la pereza, madre del vicio y de las tentaciones, o en otros términos, obedeciendo a la ley que ordena a los hombres ganarse cada uno su pan, como dice Bondareff o a ganarse su vida con sus manos?

Estamos de tal modo embrollados en la multitud de leyes religiosas, sociales y domésticas que nos hemos impuesto; hemos inventado tantos mandamientos, como dice Isaías, regla sobre regla, una regla para esto, una regla para aquello, que hemos perdido completamente el sentido de lo que es bueno y de lo que es malo. El uno dice misa, el otro recluta el ejército o el impuesto militar; un tercero juzga; un sexto enseña; todos, en fin, se desembarazaron del trabajo del pan, lo echan sobre los otros, y olvidan que hay hombres que mueren de fatiga y de hambre. Pero antes de dar al pueblo sacerdotes, soldados, jueces, médicos, profesores, convendría saber que no se muere de hambre. No solamente olvidamos que pueden presentarse una multitud de deberes que cumplir, sino que existe un primero y último deber, que no puede cumplirse el último, sin haber cumplido el primero, como no se puede sembrar la tierra antes de haberla arado.

A cumplir el deber que es sin duda el primero en el orden práctico, nos invita la doctrina de Bondareff.

Bondareff enseña que el cumplimiento de este deber no estorba a ninguna de las otras ocupaciones. No presenta ninguna dificultad, y al mismo tiempo, salva al hombre de la pobreza, de la necesidad y de las tentaciones.

El cumplimiento de este deber destruye sobre todo la odiosa división de los hombres en dos clases, que se odia una a otra, y oculta entre caricias su odio recíproco.

El trabajo del pan, dice Bondareff, hará a todos los hombres iguales y cortará las alas al lujo y a la miseria.

No se puede trabajar la tierra y abrir pozos con ricos vestidos, manos delicadas y una alimentación fina y suculenta.

Entregándose a una ocupación santa y buena para todo el mundo, es como los hombres se aproximarán los unos a los otros. El trabajo del pan, dice Bondareff, devuelve la inteligencia a los que la han perdido, a aquellos que no han llevado la vida propia del hombre; dá la alegría y la dicha a los que se entregan a él, porque es una ocupación interesante y alegre que Dios o la naturaleza ha reservado a los hombres.

El trabajo del pan, como sigue diciendo Bondareff, es un remedio que salva al género humano. Si los hombres reconociesen esta ley primitiva como una ley divina e inmutable, si cada uno de ellos